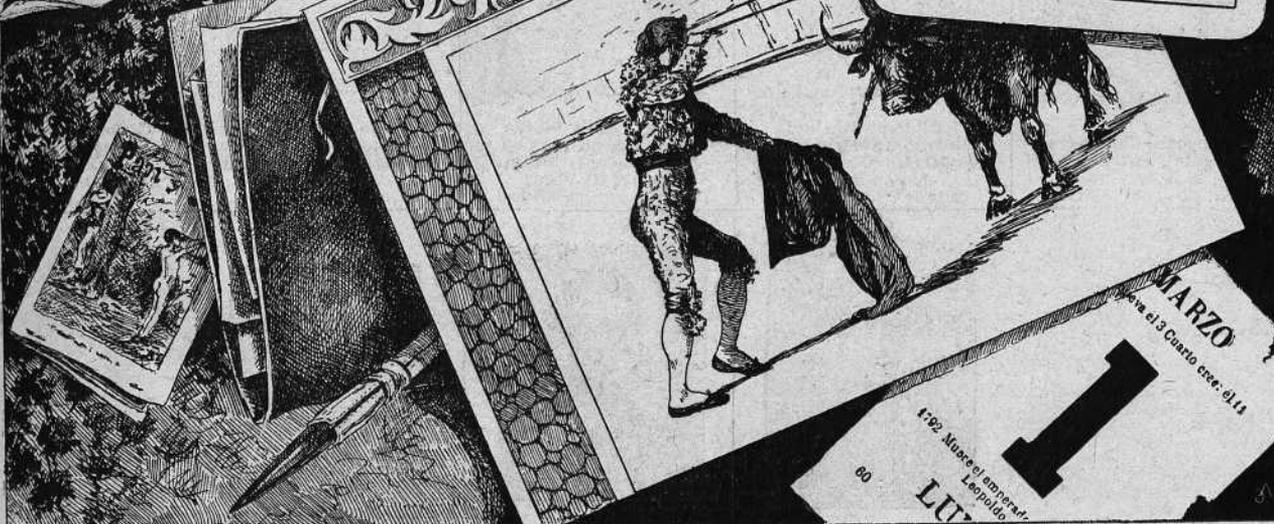
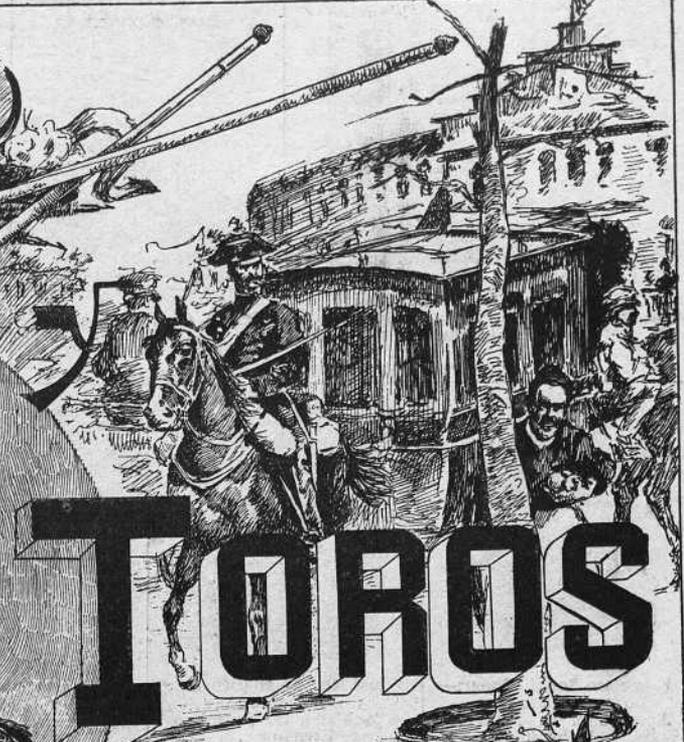


Pan

TOROS





Luis Mazzantini
29 Mayo 1884
Apoderado: D. Federico
Minguez,
Lagasca, 55, Madrid



Rafael Guerra (Guerrita)
27 Septiembre 1887
Capuchinos, 10, Córdoba.



Julio Aparici (Fabrilo)
30 Mayo 1889
Apoderado: D Manuel
García, Pascual y Genis, 3,
Valencia.



Antonio Moreno (Largatijillo), 12 Mayo 1890
Apoderado: D. Enrique
Ibarra Ciarán, Esperanza,
3, Madrid.



Francisco Bonal (Bonarillo), 27 Agosto 1891
Apoderado: D. Federico
Escobar
Miguel del Cid, Sevilla



José Rodríguez (Pepete)
3 Septiembre 1891
Apoderado: D. Francisco
Fernández,
Cruz, 25, 2.º, Madrid.



Antonio Reverte Jiménez
16 Septiembre 1891
Iniesta, 33, Sevilla.



Antonio Fuentes
17 de Septiembre de 1893
Apod.: D. Andrés Vargas
Montera, 19, 3.º. Madrid.



Emilio Torres (Bombita)
21 Junio 1894
Apoderado: D. Pedro
Niembro,
Gorguera, 14, Madrid.



Miguel Báez (Litri)
28 Octubre 1894
Apod.: D. Vicente Ros,
Buenavista, 44, Madrid.



José García (Algabeño)
22 Septiembre 1895
Apoderado: D. Francisco
Mata,
San Eloy, 5, Sevilla



Nicanor Villa (Villita)
29 Septiembre 1895
Apoderado: D. Enrique
Moreno, Carretera
de Madrid, 136 (Zaragoza)



Joaquín Hernández (Parrao), 1.º Nov. 1896
Apoderado: D. Fernando
Medina Moreno,
Capuchinas, 5, Sevilla.



Cayetano Leal (Pepe-Hilla)
15 Agosto 1887
Apoderado: D. Angel
López, Puerta del Sol,
estanco, Madrid.



Domingo del Campo (Dominguín), 17 Dic. 1893
A su nombre
Amparo, 94, Madrid.



Bartolomé Jiménez (Murcia), 18 Marzo 1894
Apoderado: D. Eduardo
Montesinos,
calle de Churruca, 11.



Angel García Padilla
22 Agosto 1895
Apoderado: D. Pedro
Ibáñez Mayenco,
Olivar, 52, 2.º, Madrid.



Antonio Guerrero (Guerrito), 10 Nov. 1895
Apoderado: D. Leopoldo
Vázquez,
Minas, 5, 3.º, Madrid.



Carlos Guasch (Finito)
Septiembre 1896
A su nombre: Valencia
Apod.: D. Adolfo Sánchez
Linares



José Pascual (El Valenciano)
Apoderado:
D. Enrique Barreiro
Buenavista, 35, 3.º, Valencia



Joaquín Peech (Tito)
de la cuadrilla de Chicos
Nacionales
Apoderado: D. Joaquín Ferrus
Carmen, 74, Barcelona



D. Mariano Ledesma
Rejoneador español
D. Andrés Borrego, 11,
Madrid.

Parí y Toros

Madrid 1.º de Marzo de 1897

DIRECTOR LITERARIO

ADMINISTRADOR

DIRECTOR ARTÍSTICO

Despoldo Lopez de Saá

Carlos Girón

Francisco Navarrete y Sierra

Chinchilla, 7, bajo

AÑO II

NÚM. 48

DESTRO de la escuela antigua, en que escaseaba el movimiento de los pies al torear, y se despegaban los brazos del cuerpo con aquella finura rondeña que quizá no volvamos á ver, Fernando Gómez es uno de los que más han vertido en la generación nueva todo lo que ha sido la generación que se fué, y á la cual pertenece.

El capote en sus manos fué siempre auxiliar poderoso que no se movía á capricho, sino según le dirigía su propia voluntad, pareciendo como que envolvía á los toros en sus pliegues de seda, para dejarlos allí donde era su propósito, con una delicadeza imponderable.

La elegancia de Lagartijo estaba en su figura; pero la del Gallo está solamente en el capote aquel que flamea delante del toro, y consiente y engaña, y se tiende en la verónica, alzándose con suma precisión al cargar la suerte, ó embebe al arrastrarse mansamente por el suelo, ó cae plegado en elegantes ondulaciones cuando el lidiador ejecuta una larga.

Habilidosísimo y eficaz siempre con el capote, notable con las banderillas, más lucido que útil muleteando, aunque mil veces ha sabido unir la utilidad con el lucimiento, deficiente con el estoque en la mayoría de los casos, y sin parar ni dejar llegar en el último tercio tanto como en los anteriores, *el Gallo* fué tenido por un maestro en torear, y efectivamente lo fué de algunos que hoy con razón son reconocidos como maestros de todos.

La especialidad de este torero privilegiado fué siempre el quiebro de rodillas; y es verdaderamente solemne el momento en que al partir el toro hacia el bulto que se le ofrece en actitud tan expuesta, se ve al lidiador esperarle con maravillosa sangre fría, sin que ese temor natural en el alma y que ante el peligro hace olvidar los aplausos, agite un solo músculo de aquel rostro ó imprima el más leve movimiento al busto, que en cuanto llega á jurisdicción le señala la salida hacia un lado y recobra al punto su primitiva posición. Si todos los aplausos que escuchó *el Gallo* al ejecutar esta suerte se hubieran convertido en monedas, Fernando sería hoy el millonario más grande del mundo.

Nació en Sevilla el 18 de Agosto de 1849, y hoy tiene, por consecuencia, cuarenta y ocho años. Empezó á torear desde muy joven; y en Lora del Río hizo tales prodigios, que su fama cundió por toda Andalucía, mereciendo que el famoso Manuel Domínguez le hiciera banderillero, incorporándole á los suyos con los que toreó en su ciudad nativa en 1870



Fernando Gómez (*el Gallo*)

por primera vez. Fernando, que entre todas sus buenas dotes cuenta con la de ser observador profundo, aprendió enseguida la manera de torear del famoso diestro de Gelves, parando y quieto. Pasó después á las cuadrillas de Antonio Carmona, *Bocanegra* y *Chicorro*, sucesivamente, medrando sin parar, y distinguiéndose como peón insustituible y como banderillero extraordinario.

Tomó la alternativa en Madrid el 4 de Abril de 1880.

Persona de gran trato y educación, es uno de los toreros mas inteligentes y más ilustrados á la vez. Conoce como ninguno el arte á que se dedicó; y conversando con él, quien menos hábil fuera podría escribir un Tratado de Tauromaquia; sabe al dedillo los defectos de que adolecieron y adolecen los toreros que ha visto y ve, y encomia las grandezas que tienen, llevando siempre al ánimo del que le escucha la convicción profunda de que aquel juicio es imparcial y de que no sufre la presión de mezquinas pasiones.

Fué el primero á cuyas órdenes apareció *Guerrita* en Madrid.

Fernando había oído hablar del valor y el arte que demostraba un muchacho que había nacido en Córdoba, y le dirigió este lacónico telegrama:

«Si quiere torear conmigo, véngase.»

Y el muchacho de Córdoba vino, vió y venció.

Desde entonces, y aconsejado por el buen sentido del diestro sevillano, el de Córdoba abandonó un apodo para tomar un nombre.

Dejó de ser *Llaverito* para ser *Guerra*.

Los asistencias de la plaza

HACE ya mucho tiempo, y por tolerancia del público, que no lo debiera consentir, el asistencia de plaza se ha convertido en factor tan importante, que sin él no puede llevarse á cabo la suerte de varas.

Su misión consiste en estar entre harreras durante la lidia, y no en el redondel, que debe ser pisado úni-

camente por los lidiadores, y saltar á la arena cuando haya necesidad de levantar al picador, retirar el caballo, limpiar la sangre y alisar el piso.

Sin embargo, la incuria de nuestros modernos directores de lidia y la susodicha tolerancia del público, han permitido que el llamado mono sabio pase los límites á que por su cargo está reducido, é intervenga directamente en el espectáculo. Al salir el toro ya está el mono sabio junto á los tableros, llevando en la mano la indispensable vara, y rara es la vez que el animal sigue la marcha á que le inducía su tendencia sin torcer su rumbo enmendándolo hacia el mono sabio, que con una corridita inútil ó con un varazo en los table-ros le llama la atención.

Si el picador debe entrar, y descontarnos á los maestros de la garrocha, el mono sabio se agarra al rendaje y arrastra al jamelgo, y lo coloca, no en suerte, sino en desdicha; citando al toro, acosándole, descomponiéndole y acostumbándole á no fijarse en un solo objeto. ¿Entra aquí para nada la suficiencia del picador ó la valentía del toro? ¿Se puede juzgar así el mérito de la suerte? ¿Es justo que toros que deben ser fogueados no lo sean por entrar de sorpresa á las varas por el cite inoportuno del mono sabio, para que luego sufra las consecuencias el matador?

No hay espectáculo tan triste como ver á un hombre vestido de picador, moviendo las piernas, como espoleando á un pobre animal falto de vida y rodeado de monos, que como si no bastara el sufrimiento de las heridas abiertas, le muelen á varazo limpio en las ancas, en los cascós, detrás de las orejas, donde más daño pueden hacer. ¿Por qué no se ha de multar al picador que no cambia de caballo ó á los monos que le quieren apurar aunque peligre la vida del jinete?

¿Y si todo esto se consiente en la suerte de varas, por qué se ha de permitir que en todo el resto de la lidia, y más ó menos indirectamente, intervenga siempre el asistencia?

El día en que una persona que tenga verdadera autoridad imponga el Reglamento con todo rigor impidiendo esos desmanes, se granjeará el agradecimiento de los buenos aficionados...



EL TORERO DE LAS PATILLAS



EMPLABA el ambiente la primavera de 1831, y los madrileños empezaban á dejar sus pomposas capas azules, y exponían á la acción de la atmósfera sus cuerpos esbeltos y delicados, ceñidos por los fraques de color, con botón de oro, escurridizos de hombreras y altos de cuellos; alegrábase la Naturaleza; se desneveaba poco á poco el Guadarrama, y florecían los árboles seculares del Retiro y las

acacias del Prado de San Fermín, preparándose á perfumar durante las noches del estío á los políticos rampones, á los sectarios de la poesía romántica, retratados por Bretón en *Marcela*, á las jóvenes enamoradas, á los pisaverdes ridiculos que pasaban el tiempo galanteando á las muchachuelas ó cantando á media voz y mal la partitura del *Atila*, y á los aguadores de la Cibeles, que hacian larga estacion junto al palacio de Alcañices, aposentándose á horcajadas sobre sus cubas.

En una de esas noches del año 31, á fines del mes de Marzo, entre nueve y diez subía perezosamente la calle de Alcalá hacia el Parador de Muñoz una galera de desnivelado toldo y crugiente armazón, arrastrada por dos tiros de mulas, que haríamos mal en llamar briosas, según lo asendereadas que iban, con las orejas hacia adelante, apoyándose medio muertas en sus remos á cada tirón, é inobedientes á la tralla y al rendaje con que ocupaba sus dos manos el mayoral.

Llegó por fin el armatoste á su destino; bajaron de él hasta treinta personas, entre las que podían contarse un administrador de Rentas, prófugo é insolvente; un carrilludo clérigo de Utiel, que llegaba á Madrid á gestionar una canongía; un doctor que iba de partido á domesticar á un alcalde y á jugar al tresillo con un veterinario; un capitán de marina mercante, que llegaba de paso para los baños de Ledesma, donde pretendía curarse el reuma; una señora gruesa, mujer de un emigrado liberal, natural de Cádiz, y que venía con sus tres hijas buscando el medio de hacer fortuna en la Corte, cosa no muy difícil; un joven de unos veintitres años, torero de profesion, alto y seco, de faz cobriza, y patillas cortas y negras; y el mayoral, cincuenteno, de cabellos blancos, con blusa de cuadros, llena de frunces por la espalda, y guarniciones de trencilla negra, estrecha bufanda y gorra con orejeras y cintas.

Salieron los dependientes del parador, llevando candilones para guiar en los tenebrosidades y encrucijadas de la hospedería, que no eran pocas, á los viajeros, que entraron en un corral, donde á un lado y otro, tendidos sobre esteras ó sobre el duro piso quien no tenia mejor colchón, vieron infinidad de arrieros. Tomaron hospedaje el cura y el médico; el capitán eligió para pasar la noche una especie de guardilla trastera, no sin proceder al examen de los muros, por si se descubria en ellos algun asomo de humedad; la señora del emigrado pidió al fondista, como especial favor, que la aposentara junto al *torero de las patillas negras*, nombre con que ella y sus hijas designaban al joven que tan pródigo habia sido durante el viaje, abriendo su bolsa allí donde la señora no encontraba su portamonedas que solía ser, en cada ventorro para pagar el gasto de aquellas cuatro bocas femeninas más ávidas que las del Ródano.

Penetró pues el torero en su cuarto, viéndolo con alegría que era muy capaz, y que en uno de sus ángulos tenia preparado un lecho á propósito para un cuerpo que llegaba á Madrid molido después de ocho días de viaje. Pensó en tenderse á la larga; pero la puerta se abrió de súbito, y un hombre regular de estatura, de rostro abierto y simpático, y mostrando en la mirada esa viveza que caracteriza á los hombres locuaces, entró en la pieza, quitóse el calañé y dijo, sin más ceremonias, encarándose con el viajero:

—¿Es usted el señor Francisco Montes, un torero de Cádiz, á quien me recomendó por carta José Cándido?

—El mismo—contestó el interpelado con finura,—pero según eso, usted es...

—Roque Miranda de nombre, *Rigores* de apodo, madrileño de nacimiento, torero regular, liberal consumado, y amigo de usted siempre.

Dijo, y aquellos dos hombres se estrecharon en fuertísimo abrazo.

El célebre *Paquiro*, ó *Paquilo*, que comenzaba á des-collar entre todos los lidiadores de su época, llegaba por primera vez á la corte precedido de su fama y del triste renombre político que en 1831 era una falta, y en 1832 un título para medrar. Tal vez no tenían sus impugnadores otro motivo para acusarle de realista, que el de haber pertenecido Montes á la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, fundada por Calomarde á la sombra de Fernando VII. Motivo pobre, pero suficiente para envolver á un hombre en las mallas de la calumnia, lanzándole así á la posteridad.

Los liberales habian triunfado, para sucumbir de nuevo entre aquel vaivén de la política á que estaban entregados de lleno todos los españoles. Roque Miranda, que habia sido desterrado por *negro*, y obtenido en 1829 la cédula real de perdón para presentarse en Madrid, era en la fecha en que arribaba Montes á la heroica villa, un hombre prestigioso, y el torero favorito de los aficionados. Por eso Paquiro llegaba recomendado á él, único que podía conjurar en la plaza de la capital española la tormenta política que se cernía sobre la cabeza del diestro de Chiclana.

Conversaron cordialmente Miranda y Montes, no sin ser interrumpidos al final por un golpe discretamente dado á la puerta de la habitación. Oyóse una voz atiplada que decía: ¿se puede?, y luego algo así como una exclamación de sorpresa, y estas palabras:

—¡Ay, ustedes perdonen; me figuraba que estaba usted solo!...

—Puede usted pasar adelante, señora; dijo Montes, conociendo á la del liberal, y haciendo un mohín de disgusto, como diciendo: «ya sé á lo que vienes».

—Después..., después; dijo la jamona retirándose con presteza.

Miranda guiñó los ojos maliciosamente.

—Hay algo de por medio, ¿eh? preguntó.

—Tres.

—¿Cómo?

—Sí, esa tarasca tiene tres hijas que comen tanto como ella, y se han propuesto vivir de mi bolsa; y á eso venía, y por Dios que va á salir mal...

—Pues esquinazo, y adelante; y ahora á dormir, que mañana son los toros, y hay que apretar mucho.

—Usted que ha sido banderillero de Cándido, podrá ver si he seguido su escuela.

—No deseo más; y hasta mañana, replicó *Rigores*; y mientras usted siga en Madrid, no en fonda alguna, sino en mi casa ha de parar; de la tarasca yo me encargo, y ha de ser ahora mismo.

Montes le vió perderse en la obscuridad de la galería, y luego golpear también, con sigilo, en la puerta de la vecina, oyóse un ¿quién llama?, y la voz del torero de Madrid que decía con gran misterio:

—Señora liberala, ya está solo el de las patillas negras; pueden ir ustedes entrando por turno, y que aproveche.

El estrépito que se produjo es indescriptible. Aulló la liberala, gimieron sus hijas, colmando de insultos á *Rigores*, que á toda prisa bajaba la escalera; despertáronse los arrieros, y empezaron á maldecir á las escandalosas que turbaron su descanso; y los dependientes del parador, á medio vestir y á medio despertar, cruzaban en todas direcciones, velón en mano, sin saber á qué obedecía tal griterío.

La liberala seguía vociferando por todos, asomada al pasamanos de la escalera, luciendo su enorme figura debajo de una bata muy rameada y llamativa.

Sólo se calmó cuando Montes, dominando su risa, se acercó á ella.

—¡Ay—decía—pobre de mí, que confiaba en usted, y usted ma vendió!; ¿qué amigos son esos, güen hombre, que así se atreven á faltar á una señora de mi rango? Sepa usted que puee pasarlo mal el que se propase; porque soy hija de un liberal amigo de Isturiz, y mi marido es Matasanz, amigo de Porlier y de Riego, con el que se renunció en las Cabezas, y yo soy liberal por toas mis ramas, y tengo influencia con el Gobierno. ¡Ay, Dios mío, Dios mío, y qué mal se juzgan las acciones más inocentes! Sepa usted mi cuita, vesino: entré en el mesón, y al ir á desnudarme, busca de aquí, busca de allá, que er borsillo no parecía...

—En Cádiz se le debió dejar usted—interrumpió Montes.

—Eso me figuro; pero el caso es que las catorce onzas de oro viejo que traje para el camino no las encuentro; y como hay confianza, me dijeron las niñas: anda y vete ar torero de las patillas, que er te adelantará catorce duros sobre los que te lleva prestaos jasta que cobres esa letra de á seis mil reales; figúrese usted, una mujer de mi calía pidiendo prestaos...; pero, en fin, vesino, aunque abuse de su confianza, ¿me pué usted hacer ese favor?

—Si es el último que me pide usted, señora—dijo Montes—y luego me deja dormir, no hay inconveniente.

—¡Ay! si usted quiere, mis hijas y yo velaremos su sueño.

—Con que callen me sobra.

Y así se acabó el alboroto; llegó el día siguiente, toreó Paquiro en Madrid, llenando de admiración á los espectadores, y apagando con sus faenas y su lidia inimitable los rencores que había despertado su fama de realista. Costeó, á pesar de sus propósitos en contrario, durante veinte días, sin cobrar ventaja alguna por su parte, los caprichos de la tarasca y sus hijas, que no acababan de cobrar nunca la suspirada letra; y al fin un día Montes, reclamado por sus compromisos en Sevilla, pidió la cuenta, y con gran sorpresa suya le trajeron dos. La suya y la de la vecina...

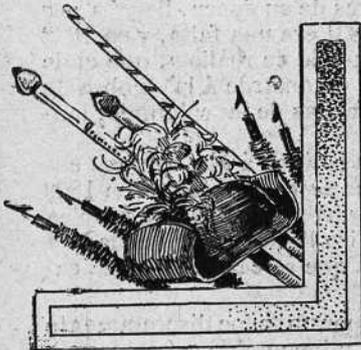
El torero se sintió vivamente irritado ante semejante colmo de desvergüenza, y tomando un papel escribió:

«Señora... de enfrente:

Mi bolsa no llega á tanto como mi voluntad, ni esta quiere pasar de á donde llegó. Yo vine á Madrid á medrar toreando, y ustedes pueden medrar también. Las admiro á ustedes por sus ideas. Efectivamente, son ustedes muy liberales.—Suyo afectísimo, El torero de las patillas.»

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ.

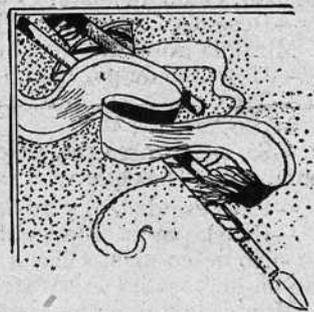
Corrida de novillos celebrada el 14 de Febrero de 1897



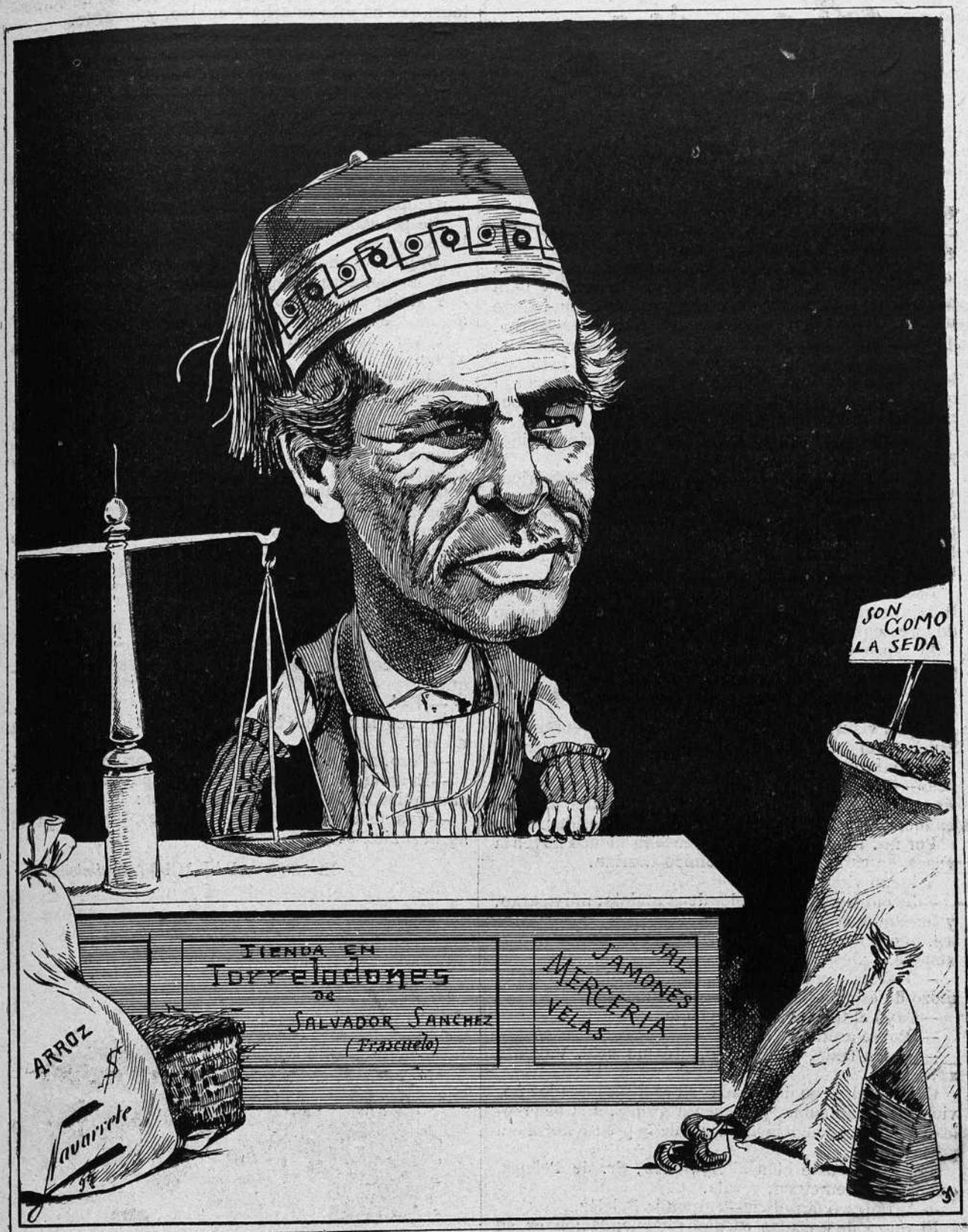
Una vara de Bocacha.—Instantánea Irigoyen)



Un contraquite.—(Instantánea Irigoyen)



MAESTROS QUE FUERON, POR NAVARRETE



Despaché toros sin tino
y logré mil ovaciones;
y ahora, ¡oh rigor del destino!
estoy despachando vino
cerca de Torrelodones.



El mozo de Espadas

No crean ustedes que sirve cualquier mozo para llegar á ser de espadas.

Para mozo de copas, supongamos, en una taberna, y aun para mozo de café y para mozo de restaurant, puede aprovechar el que tiene una mijita de vista y de perspectiva ú «prespetiva», que también puede decirse, aunque malamente sea.

Y para mozo de cuerda, y para mozo ú joven de lenguas, ni que decir tiene que basta con conocer lo que pesa un baul y la idioma de Mr. Robert, primer monsiú maté francés.

El mozo de espadas es un aficionado al arte taurino, pero platónico, ú sea que no practica.

Gusta de andar entre toreros y aficionados teóricos y «practicantes», y darse importancia por el puesto que desempeña á la vera de un matador, en clase de bibliotecario particular, para limpiarle la ropa y los botillos, «jaser mandaos, y yevarle estoques y muletas á la plasa, en día de sesión.»

Esto aparte de ayudar á vestir al artista, liarle en la faja, como un pitiyo, mar comparao, forrar el puño de un estoque ó recoser una muleta cuando sa menesté.

El mozo de espadas, ú espás, hablando en clásico puro, se trata con lo «más mejó de la afición, particularmente con los amigos del matador, á quien él protege.»

—¿Ha visto usted cómo está ese hombre?—pregunta á uno de ellos.—Pues en Palencia hizo más otavía.

Y continúa la historia del toro ladrón, armao «de acá»—digo, de ayá, él—de treinta y nueve arrobas, sin rabo, y alargando el cueyo, y sin dejarse picar ni banderiyear, ni saludar siquiera por el presidente.

Por fin, todo eso que se cuenta lo menos noventa veces, en cada temporada cómico-taurina.

Y luego viene lo de:

—Le empapó en los vuelos de la muleta, muy parao, y toreando de brazos, le dió uno cambio, dos naturales, uno y medio de pecho, le igualó, y se arrancó al volapié... ¡Jesús!...

—Gracias—contesta el aficionado á quien relata el mozo de espadas las hazañas de su mataor.

—Cayó el toro como una pelota.

—¡Pobre animal!

—Se las traía, D. Genaro, créame usted. Valiente animalito.

Cuando el mozo de espadas sirve á un matador novicio, le recomienda, por cuenta propia, á la benevolencia, ú beneficencia pública y de la prensa normal ú profesional.

—Tráteme usted bien al *Agusanao*, Sr. de Pelelez, que es un güen chico, y vale.

—Agradezco la noticia—responde Pelelez.

El mozo de espadas es una recomendación pa su mataor, cuando éste es «otavía naide.»

Le recomienda á un chico picaor, ú pecaor, bueno y barato; á un banderiyero elétrico ó á un peoncito mu apañao.

Y el matador atiende las indicaciones del mozo,—cuando el matador es otavía naide.

Si es un matador de verdad y de ruido, ni el mozo

se atreve á recomendar, ni él atendería al mozo, ni casi al gobernador de la provincia.

Al contrario, el muchacho le dice cuando le habla: señó Fulano.

Y anda en un pie, menos en la defensa de su mataor, que en esto se echa á cuatro, y muerde.

—¡Qué bien fumas, Veneno!—le dice algún novillero, cuando le ve consumiendo un tabaco de la Vuelia de arriba ó de Siete revueltas.

—Amigo, jecharse un mataor como el mío—responde altivo el mozo de espadas.

¡Digo! ¡Pues y en lo tocante á indumentaria y señoritas?, to lo que le regala el mataor.

Y presume y se pone moños. Ya lo creo; bien puede ponérselos. ¿Quién como él?

¿Ocupaciones? casi ninguna, fuera de las indicadas.

¿Responsabilidad? la de cuidar de los vestíos y de los estoques.

¿Gajes? muchos.

Y la confianza completa del jefe y de la cuadrilla.

Y viajar gratis, y tocar la guitarra, y aun cantarse, alguno de ellos, también gratis.

Y ver toros, y ser un péríto en el arte, si á mano viene.

¿Que están sujetos á dequívocos?

Lo mismo que el vulgo.

Recuerdo que al mozo de espadas que usaba un mataor muy conocido solía olvidársele alguno de los telegramas en que el diestro notificaba á la familia y á varios amigos el resultado de cada corrida.

Quejóse al mataor un amigo íntimo por la falta de telegramas.

Llamó el diestro, en presencia del amigo, al mozo de espadas y le preguntó:

—¿Dí, no te he mandao yo toas las corrias que pongas parte á D. Fulano?

—Sí, señor—respondió el mozo.

—¿Y por qué no lo ha recebio?

—Eso será cosa e correos.

—¿De correos? ¿O por guardarte los seyos de franqueo?

—¡Ea!

—Pues mira, que te vas á dir á la caye, pero ya mismo.

—Pero, señor, si yo no sabia... y por economisar...

—El amigo medió, y quedó en su puesto el muchacho, quien decía al amigo del mataor:

—Vea usted lo que son los hombres, ¿eh? ¡Vaya un agradeamiento!

EDUARDO DE PALACIO (*Sentimientos*).



La verdad en su lugar

En algunos periódicos profesionales de cuando en cuando se leen anécdotas referentes á diestros que pasaron, en las que la verdad histórica ha desaparecido por completo para dar lugar á las más fantásticas inverosimilitudes, que tienden únicamente á despistar la opinión de los que fian sólo en lo que leen.

Conformes de toda conformidad, que para llevar algún hecho á la escena sea necesario inventar algo que al autor dramático favorezca para el mejor enredo y desarrollo de la acción. Conformes también que en el artículo literario se agranden y hasta se revistan de cierta aureola determinados actos de tal cual personaje.

Pero con lo que no hay conformidad posible es con lo de inventar hechos que no han ocurrido, y cuya comprobación deja mal parados á los que por alardear de conocimientos los dan á la publicidad.

Y esto ha ocurrido recientemente con un artículo que ha aparecido en un apreciable colega taurino, en el que se da cuenta de una cogida que voluntariamente sufrió el célebre Pedro Romero en la Plaza de Madrid en el mes de Junio de 1809, según el articulista, sin tener en cuenta al dejar correr la pluma que en el mencionado año no se verificó en dicha Plaza ni una sola corrida de toros.

Y el que suscribió el artículo dice en él nada menos que el célebre matador resultó con una herida grave al dejarse coger.

Y como el artículo está plagado de inexactitudes, para desvanecerlas bastaría con lo consignado de que en el mencionado año no se celebró en Madrid fiesta taurina alguna, ni de que antes ni después de aquella fecha hay cartel ni documento alguno en que conste que Pedro Romero, desde que en 1799 se retiró del toreo, volviese una sola vez á tomar parte activa en el arriesgado ejercicio de una profesión en que tanta celebridad alcanzara; y si no toreó, mal pudo ser herido en corrida alguna.

Pero por si lo dicho no fuera suficiente, allá va un notable documento que, aunque suscrito poco antes de la fecha indicada por el articulista, viene á tirar por tierra cuanto en él se dice, y que seguramente han de leer con gusto los buenos aficionados.

Dice así:

«EXMO. SEÑOR MARQUÉS DE LAS AMARILLAS.

Enterado de lo que V. E. me previene y de quanto apetece saber por la copia que me incluye, conseguí que Pedro Romero viniera á casa á quien enteré con prolixidad de todo lo que se solicita, é instruido, me dictó él mismo lo siguiente diciendo:

Que en el año de 1774 fue la primera vez que salió á torear en plaza, siendo la primera en que trabajó la de Xerez de la Frontera y al siguiente de 1775 pasó á la de Madrid desde donde salió muchas veces con sus compañeros á torear en muchas ciudades, como son la de Cádiz, Puerto de Santa María, Sevilla, Ronda, Málaga, Córdoba, Zaragoza y otras de Castilla hasta el año de 1799 que dexó su dicho ejercicio retirándose al descanso de esta de Ronda su patria: dixo asimismo que en todo el tiempo de su ejercicio de torear no ha sido jamas herido por toro alguno ni se ha visto la sangre por esta razon y si que varias veces ha sido cogido y atropellado de los toros resultandole de ello contusiones ó quedar lastimado ligeramente de muslo, pie, ó brazo sin que le haya resultado quedar lisiado de miembro alguno.

Que solo se acuerda hian muerto en las plazas donde ha estado presente los picadores Antonio Carmona, de Utrera, y Antonio Padilla, de Xerez de la Frontera al golpe de la caída del caballo y el picador Manuel Ximenez, del referido Xerez herido de un toro y muerto despues fuera de la plaza y picadores heridos por los toros Manuel Cañete, Francisco Gomez y Ignacio Nuñez; de á pie heridos por los toros Josef Delgado Hillo, Francisco Garcés, Juan Conde y otros de quienes no tiene presentes sus nombres: Que despues que se retiro ha tenido noticia fueron muertos por los toros Josef Delgado Hillo y su hermano Antonio Romero; y añadió que en todo el tiempo de su ejercicio de torear ninguno le mató toro que á el tocara: dixo.

El dicho Pedro Romero me hizo particular encargo para que ofreciese á disposicion de V. E. sus respetos y que diese de su parte las mas reverentes gracias á los sugetos que le tienen presente.

El Pedro Romero obtiene en esta el empleo de visitador de los estancos de este partido y es muy estimado de todas las gentes por sus buenas cualidades, conducta, cortesía, genio amable, y candoroso con los pobres; Y CON LA PARTICULARIDAD DE NO HABER HIDO A VER JAMÁS LAS CORRIDAS DE TOROS Y NOVILLOS QUE AQUÍ HA HABIDO DESDE QUE VIVÉ RETIRADO.

Exmo. señor: B. L. M. de V. E. su mas atento servidor

JOSEF YCART,

Ronda 18 de Abril de 1806.

(Sobre de la carta transcrita.)

Al Exmo. Señor Virrey, Marqués de las Amarillas, que Dios gue. m.ª a.ª

PAMPLONA.»

Y copiado lo que antecede, que pone los puntos sobre las ies de los que suelen hacer historia, no creo preciso añadir una palabra más.

LEOPOLDO VÁZQUEZ.

Febrero de 1897.



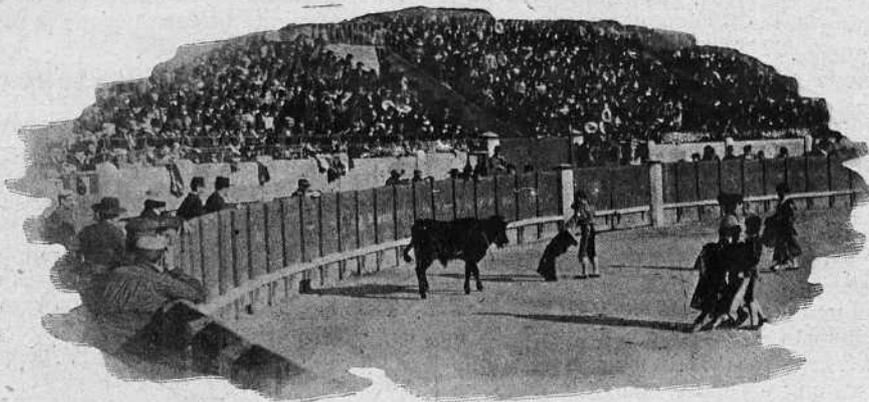
Anoche vimos en sueños
estrambótica visión;
vimos á un alguacillillo
que con extentórea voz,
y dando recios redobles
sobre afónico tambor,
al público que le oía
dirigía este pregón:

—Sepan los que al coso van
abandonados de Dios
en invierno, aunque el termómetro
diga «se hiela el alcohol»,
que de enhorabuena están,
puesto que el mes que pasó,
gracias al tiempo que corre
y gracias á Niembro & C.º,
han visto cuanto hay que ver,



y aún les queda lo mejor;
se toreó en bicicleta,
demostrando que este sport
en Londres será muy útil,
pero en nuestra plaza no.
Dicen que el Jumillanito
pudo probar su valor
toreando de muleta
algún novillo mogón,
y que debiera olvidar
lo que en Provenza aprendió.
Dicen que dicen, y es cierto,

que el caballero español
Mariano Ledesma tiene
de portugués lo que yo;
y que sabiendo montar
y manejar un rejón,
se imita á Villamediana,
pero á Don Duarte no.
Dicen que los dos toreros
que están en incubación,
Revertito y Mojinito,
son dos ángeles de Dios:
si el uno torea bien



el otro mata mejor;
pero que bien estarían
en la cuna ambos á dos.
Hubo también en Febrero
su nota de sensación,
que hizo que un paisano mío
sufriera un síncope atroz;
y fué que al *pasar* el Murcia,
le dió un toro un revolcón
y lo volteó á su gusto,



sin desperfecto mayor.
Señores que vais al coso,

esto es lo que sucedió
en Febrero. Marzo viene,
oid lo que os guarda Dios:
Habrá tres corridas mixtas
con toros de lo mejor,
y con renombrados diestros
de Sevilla y de Aragón;
si á tiempo llega Frascuelo,
que de Méjico zarpó,
es fácil que tome parte
en una corrida ó dos.
En el ramo de piqueros
hay bastante animación,
y juran picar muy alto
cual nunca se acostumbró;
no habrá recortes; y, en suma,
que será cada función
monumental por las reses,
por los diestros un primor.
Así dijo el alguacil,
y mi sueño se borró;
y murmuré al despertar
con desesperada voz:
era un sueño nada más,
y los sueños, sueños son.

EL MOZO DE LA FUENTECILLA.

Nota Semanal

Cortamos de *El Toreo*:

«BONARILLO.—Este diestro ha decidido representar-se á sí mismo, y á él pueden dirigirse las empresas que quieran contratarlo.

¡Qué bien harían muchos diestros con imitar la decisión de éste!»

Aunque nosotros no podemos confirmar la noticia de un modo absoluto, la idea del matador, si es así,

nos parece excelente, y mucho mejor el comentario de nuestro colega.

—He aquí las corridas que la empresa de Barcelona tiene dispuestas para la próxima temporada:

4 Abril.—Toros de Colmenar; espadas, Fuentes, Bombita y Algabeño.

Mayo.—Toros de Cámara; Fabrilo y Reverte.

25 Julio.—Toros Concha y Sierra; Guerrita, Bombita y Algabeño.

Día 26.—Toros de Miura; Guerra, Fabrilo y Bomba.

Día 27.—Ocho toros del Duque; Guerra, Fabrilo, Fuentes y Bombita.

1.º Agosto.—Toros de D. Vicente Martínez; Reverte, Bomba y Algabeño.

—Es esperado en Sevilla D. Pedro Niembro, actual subarrendatario de nuestro circo durante el periodo de las novilladas, y apoderado del espada Emilio Torres (Bombita).

COLABORADORES

Literarios: D. José Sánchez de Neira.—D. Luis Carmena y Millán.—D. Eduardo de Palacio.—D. Angel Rodríguez Chaves.—D. José Estrañí.—D. Roberto del Palacio.—D. José de Laserna.—D. Juan Pérez Zúñiga.—D. Federico Mínguez.—D. Mariano del Todo y Herrero.—Don Manuel Serrano García-Vao.—D. Enrique Contreras y Camargo.—D. Félix Méndez.—D. Manuel Soriano.—D. Luis Gabaldón.—D. José Vázquez.—D. Alfredo F. Feijóo.—D. Antonio Lozano.—D. José Gil y Campos.—D. José Dolz de la Rosa.—D. Manuel Reinante Hidalgo.—D. Francisco López Breme.—D. Carlos Olmedo.—D. Nicolás de Leyva.—D. Manuel del Río y García.—D. Dionisio Lasheras.—D. Emilio Boli.—D. Luis Sánchez Aláez.—D. José Balbiani.—D. Carlos Crouxelles.—D. Jorge Vinaixa.—D. Joaquín E. Romero.—D. Fiacro Irayzoz.—D. Leopoldo Vázquez.—Don Adelardo Curros Vázquez.

Artísticos: D. Miguel Hernández Nájera.—D. Ignacio Ugarte.—D. Luis Bertodano.—D. Julián Tordesillas.—D. Rafael Latorre.—D. José Abarzuza.—D. Emilio Porset.—D. Eulogio Varela.—D. Carlos Arregui.—D. José Solís.—D. Fernando Adelantado.—D. Francisco Macías.

Fotográficos: D. José Irigoyen.—D. Julio Prieto.—D. Mariano Rodero.

JOSÉ URIARTE

SASTRE

Casa especial para la confección de toda clase de prendas á la medida.

Plaza de Matute, 11, principal

MADRID



JOSÉ URIARTE

SASTRE

Grande y variado surtido en toda clase de géneros del reino y extranjero.

Plaza de Matute, 11, principal

MADRID

FOTOGRAFADO

CINCOGRAFÍA
CROMOTIPIA, ETC.

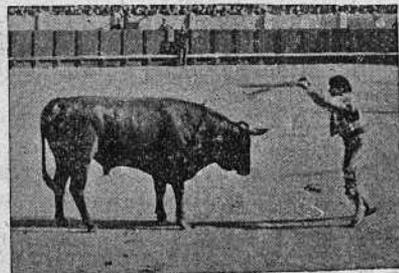


Ilustración de obras, catálogos, periódicos, etc.

A. CIARAN
QUINTANA, NÚM. 34, HOTEL

FOTOGRAFÍAS

CHINCHILLA, 7, BAJO



En esta Administración se venden los originales fotográficos de los grabados que se han insertado en esta Revista desde su fundación.

Se admiten corresponsales fotográficos en provincias

Camisería de

G. ALONSO

Especialidad en camisas á la medida

SE ARREGLAN CAMISAS Á

Poner cuello, vistas hilo..... 1 peseta.
Poner puños, ídem id..... 1 "

REMITEN PEDIDOS

18, PLAZA DE SANTO DOMINGO, 18

(Junto á la ferretería)



Santo Domingo

G. ALONSO

Se hacen con v.etas hilo desde 5 pesetas

LOS PRECIOS SIGUIENTES

Poner cuello, pecho y puños,
vistas hilo..... 3,25 pts.

Á PROVINCIAS